

Hermanos Grimm Colorín colorado, este cuento no se ha acabado

► No todas las narraciones descubiertas por la pareja llegaron a sus libros. Desperdigados y casi desconocidos, un precioso volumen los recoge ahora

MANUEL DE LA FUENTE
MADRID

Érase una vez que en un pueblo alemán vivían dos hermanos que se llamaban Jacob y Wilhelm. Jacob tenía un año más, pero eran casi gemelos. Se entendían a la perfección, los dos estudiaban mucho, leían todas las noches y les encantaba ir todos los domingos a la plaza mayor de su ciudad para ver a los músicos y a los cómicos que siempre cantaban viejas historias de la más vieja Alemania.

A Jacob y a Wilhelm, a los que sus vecinos llamaban los Hermanos Grimm, también les gustaba mucho, sentados junto al fuego de la cocina, escuchar a la vieja criada, que siempre tenía alguna historia entretenida que contarles. A Jacob y Wilhelm algunos de estos cuentos no les parecían cosa de niños, pero su imaginación amasaba esas historias para que su peculiar gusto de chavalines casi sabelotodo las saborease.

Jacob y Wilhelm se fueron haciendo mayores, pero héteme aquí que los cuentos seguían gustándoles.

Eran los primeros años del siglo XIX y la gente con entendederas y con fantasía se llamaba romántica y le gustaban muchísimo las antiguas leyendas, las historias del pasado, las narraciones que iban pasando de boca en boca después de la cena, sobre todo cuando el campo estaba cubierto por la nieve, los grajos volaban bajo y hacía un frío del carajo.

Historias del pueblo

Los Hermanos Grimm eran muy queridos en su ciudad, porque habían seguido estudiando mucho, porque eran muy amables y educados y porque al vecindario le hacía mucha gracia que los dos, en cuanto tenían un rato libre, se iban por los montes, cruzaban ríos, subían y bajaban montañas para conocer gente sencilla que les fuese contando aquellas viejas historias que tanto les gustaban y que para ellos aún eran nuevas. Los narradores siempre eran gente sencilla: pastores, planchadoras, taberneros, camareras, costureras, segadores... pero sus historias eran geniales. Jacob y Wilhelm Grimm las iban apuntando, una tras



Historia de la centella

Sigue a continuación un breve cuento: una centella se soltó y se quedó fija en una casa. Debido a ello se produjo un enorme fuego que golpeó la ciudad y la quemó por completo, y el fuego se hizo tan grande que parecía que todo el país iba a arder, extendiéndose por todo el campo, pero al llegar a un desfiladero le salió a su encuentro un pequeño arroyo: el fuego se adentró en él al instante, se encogió y no volvió a aparecer más. Entonces cayó un rocío del cielo que se tragó el incendio, y de esa forma hubo de diluirse en ceniza.

singular como su obra. No eran gemelos, pero se llevaban tan sólo un año, con lo que crecieron juntos y también estudiaron juntos, por lo cual no es de sorprender que desarrollaran también gustos similares. Los dos sentían el mismo interés por la investigación y el estudio de la historia y la literatura, y su compenetración era tal que les permitió trabajar juntos hasta el final de sus días.

No obstante, Jacob y Wilhelm tenían, al menos, sus diferencias intelectuales: «Por supuesto que discutían, de ahí que el resultado de sus trabajos fuera tan productivo: sin discusión y reflexión no puede haber nunca producción. Jacob era mucho más riguroso y estricto en los planteamientos científico-metodológicos que Wilhelm, un alma mucho más literaria. Pero pre-

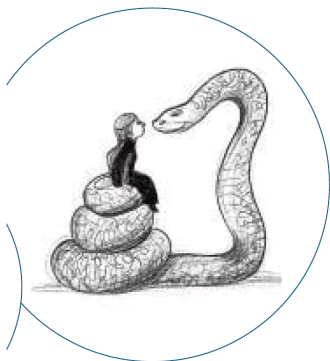
otra, otra tras una, y ya tenían muchísimas guardadas en sus cuadernos. Jacob se encargaba de investigar de dónde habían salido las palabras y Wilhelm era quien tiraba de recado de escribir para hacerlas más fáciles de entender por las personas, que fueran más fáciles de leer y más bonitas. Ya tenían un gran puñado de narraciones y también tenían muchos amigos dentro de esas historias: la Bella Durmiente, la Cenicienta, Blancanieves, Pulgarcito, Hånsel y Gretel... y entonces Jacob y Wilhelm decidieron meterlas en un libro para que no se perdieran y para que las personas pudieran leerlas por muchos siglos que pasaran.

Era el año 1812 y los hermanos llevaron sus historias a la imprenta en cuanto encontraron un nombre para ellas: «Cuentos de niños y del hogar». Tres años después llegó el segundo volumen y Wilhelm le escribía así de contento a Jacob: «Los cuentos nos han hecho famosos en todo el mundo».

Sabemos que era verdad, y el trabajo de los Hermanos Grimm pasó a la memoria y los corazones de niños y mayores de todo el mundo. Pero algunos cuentos no llegaron a aquella imprenta ni a ningún libro, sino que se fueron desperdigando por publicaciones provinciales, periódicos de pequeña tirada y revistas. Esos cuentos, precisamente, los casi desconocidos, son los que pueblan las páginas de «Hermanito y hermanita y otros dieciséis cuentos que no están en los libros» (Ed. Nórdica Libros), con deliciosas ilustraciones de Noemí Villanueva, y traducción y esclarecedor epílogo de Isabel Hernández, profesora del Departamento de Filología Alemana de la Universidad Complutense.

Hernández dibuja el entrañable perfil de los hermanos: «Su vida fue tan

ILUSTRACIONES: NOEMÍ VILLANUEVA



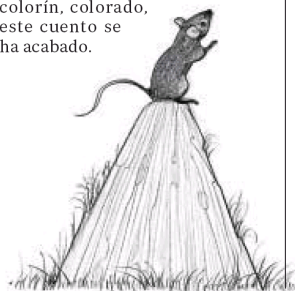
cisamente por ello los cuentos son lo que son: el resultado de un trabajo metódico y disciplinado, revisado en numerosas ocasiones, y perfilado por la pluma de Wilhelm tan sólo en lo relativo al estilo y en la rudeza de algún contenido demasiado duro».

Versión original

Nos encontramos, pues, ante una colección de relatos en lo que podríamos llamar versión original, como explica Isabel Hernández: «Son versiones de los cuentos que no han experimentado el proceso de reelaboración al que fueron sometidos algunos de los textos. Muchos ni siquiera se incluyeron en la colección y ninguno de los hermanos volvió sobre ellos, como si hicieran con los de los dos volúmenes de los «Kinder-und Hausmärchen». («Cuentos de niños y del hogar»).

No se pueden tampoco olvidar los vientos románticos que despejaban la mente de los Grimm: «Toda su producción es resultado del sentir romántico: sin el interés por recuperar los testimonios de la literatura popular y los grandes monumentos del glorioso pasado germano siguiendo los postulados de Herder, su obra no habría tenido sentido. De lo primero dan testimonio los cuentos, de lo segundo su interés por el estudio de la lengua alemana y de los textos medievales, una labor filológica, como no se conocía aún en la época, de ahí que se hable de ellos como los primeros filólogos».

Érase una vez dos hermanos, Jacob y Wilhelm, que encontraron el secreto de los cuentos. Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



Fachada del Teatro Auditorio Al-Andalus Arteria en Sevilla, del arquitecto Santiago Fajardo

ROCÍO RUZ

La Audiencia Nacional levanta el secreto de sumario de Arteria

► Las partes implicadas conocerán el contenido el lunes y podrán defenderse de las acusaciones

SUSANA GAVIÑA
MADRID

Después de meses de interminables prórrogas (hasta trece), ayer se levantó el secreto de sumario sobre la investigación abierta contra la red de teatros Arteria a raíz de una denuncia presentada ante la Fiscalía por el arquitecto Santiago Fajardo, responsable de Teatro Auditorio Al-Andalus en Sevilla, edificio que no pudo concluir por desavenencias con la SGAE.

Dicha denuncia supuso la apertura de una investigación en septiembre de 2009 y la creación de una pieza separada dentro del sumario que investigaba el caso Saga, por el que están imputadas en la actualidad diez personas, entre ellas el expresidente de la SGAE Teddy Bautista, debido a una presunta trama de corrupción entre las empresas SdAE y Microgénesis.

Entre las conclusiones que recoge el auto remitido ayer por la Audiencia Nacional, tras investigar la denuncia y los datos aportados por el informe realizado por la Empresa Ernest & Young, se afirma que «no se ha encontrado un esquema de facturación de las sociedades Fundación Autor, Arteria Promociones Culturales SL y sus participadas al detectado en la Pieza Principal en-

tre la SdAE y Microgénesis S. A., identificándose por el contrario la existencia de múltiples proveedores». Sin embargo, sí señala la participación en una de las empresas proveedoras, Tanase S. L., de María Ángeles Herranz Hurtado, esposa de Ángel Quintanilla, «responsable económico del Proyecto Arteria para la SGAE».

Dos líneas de investigación

Si bien Santiago Fajardo en su denuncia señala la posibilidad de que tanto Ángel Quintanilla como Emilio Cabrera, primo de Teddy Bautista y director técnico de Arteria, pudieran «haberse apropiado indebidamente de dinero de los presupuestos de las obras o recibir algún tipo de contraprestación al subcontratar sociedades por simples lazos de amistad con sus directivos», el auto estima que hay «falta de indicios suficientes de presunta apropiación indebida por parte de los denunciados».

Libres de sospecha
El auto de la Audiencia Nacional no ve indicios suficientes de presunta apropiación indebida en Quintanilla y Cabrera

Arteria no es Microgénesis
El auto no ha encontrado un esquema de facturación en las sociedades denunciadas similar al de SdAE y Microgénesis

Esto no significa que todo lo referente a la gestión de la red de teatros sea transparente, pues la investigación prosigue y no descarta que existan «presuntos delitos de administración desleal y/o apropiación indebida y personas presuntamente responsables de los mismos». De hecho en el auto se marcan varias líneas de investigación a seguir, como conocer el destino final del pago realizado por la Fundación Autor por la compra de los teatros Lope de Vega y Coliseum, cantidad que ascendió a 82.949.464,46 euros, y que fue depositada en una cuenta del Banco de Valencia a nombre de María Victoria Soler Lujan. Una investigación pendiente «ante las carencias de información evidenciadas en las respuestas obtenidas hasta el momento a los oficios cursados a las entidades afectadas».

Asimismo se requiere la toma de declaración testimonial de Daniel Pozuelo Lorenzo, nombre que no había aparecido hasta ahora en la investigación y que estaría de alguna manera relacionado con la empresa constructora Tanase S. L., propiedad del ciudadano rumano Tanase Anagnoste, dueño a su vez de la empresa Cornic Construcciones y Contratas, que también prestaba servicios a la SGAE. Entre ambas empresas habrían facturado a la entidad de gestión de derechos de autor alrededor de 13 millones de euros.

Así, con el «fin de permitir a las partes personadas la debida instrucción en ejercicio de su derecho de defensa», se ha procedido a levantar el secreto de sumario tan largamente esperado.